

de Góngora, a la ilimitada e increíble imaginación poética de Góngora, su forma necesaria y connatural. No habría cabido en otro cauce. Era su forma propia.

Veamos cómo se ha producido esta adecuación. La silva es una forma métrica infrecuente, errática y prolija. No escribo estos adjetivos de modo fortuito y provisional, por lo cual vamos a ver ahora, paso a paso, de qué manera han coadyuvado todos y cada uno de ellos para dar a la imaginación poética del autor de Las Soledades, su forma necesaria y connatural.

Por su carácter infrecuente y casi insólito en nuestras letras, la silva carecía de modelos. No estaba desgastada por el uso y equivalía a una novedad. A causa de ello fue elegida por el poeta. No nos extrañe, no nos puede extrañar: novedad y rareza son condiciones características de su estilo. Pero además de su valor de novedad, la silva trajo a Las Soledades otras aportaciones que también dependían de su carácter infrecuente. La silva no estaba cristalizada y prefijada por su historia —no tenía historia— como las restantes formas métricas italianas o castellanas (10), y fue don Luis de Góngora quien la formalizó, es decir, quien convirtió lo que en la silva no eran más que virtualidades, en un sistema de expresión definido y preciso. Desde luego se adaptaba a las condiciones de su estilo: vastedad de invención, brillantez y secuencia descriptivas, análisis riguroso, pormenorizado y exhaustivo, por lo cual sólo don Luis de Góngora podía lograr con esta forma métrica el resultado técnico que logró. Tal es la razón de que al lector moderno le parezca la silva la forma propia, la forma indispensable del poema gongorino. Pero nada importante se logra sin esfuerzo, y este esfuerzo continuo del poeta se nota siempre en Las Soledades. No hay nada en ellas improvisado ni concedido a la facilidad, aun en su mismo arranque: la elección de su forma. Tuvo el poeta que comenzar por recrearla, dando a la silva una eficacia descriptiva y una amplitud que nunca tuvo en sus escasas utilizaciones anteriores. De esta lucha proviene, en cierto modo, el prosaísmo de Las Soledades, sus momentos de oscuridad y decaimiento, en los cuales el estilo parece extenuado y, sin embargo, sigue siendo eficaz. La eficacia es la condición gongorina por excelencia. Una eficacia cuyo acierto descansa más en la fuerza de persuasión de las palabras que en su fuerza de sugestión. Ahora bien, la eficacia implica siempre la solución de una dificultad, y esta dificultad es evidente en Las

(10) El soneto, el terceto encadenado, la canción petrarquista en sus múltiples formas, la sextina, la octava real, etc., todas tenían ya en nuestra patria una larga historia por la utilización que hicieron de ellas las dos primeras generaciones de poetas petrarquistas.

Soledades. *Lucha Góngora con la expresión poética, pero lucha también con el metro elegido, y en su lucha con ambos se define su estilo. Salió, generalmente, victorioso, pero la lucha ha quedado allí; es más: podemos verla, la estamos viendo escrita todavía.*

Pasemos el segundo adjetivo. Por su carácter errático, capaz de las sinuosidades y los despliegues más imprevistos, la silva tenía un andar torcido, como el río que se pliega a las necesidades del terreno, con meandros que dan forma a su cauce y facilitan su corriente (11). Por su carácter errático, la silva era una composición que se plegaba con eficacia a los incisos del discurso y a la complicadísima división en planos propia del mundo gongorino. Pongamos un ejemplo:

Recordó al Sol, no, de su espuma cana,
la dulce de las aves armonía,
sino los dos topacios que batía
—orientales aidabas— Himeneo.
Del carro, pues, febeo
el luminoso tiro,
mordiendo oro, el eclíptico zafiro
pisar quería, cuando el populoso
lugarillo, el serrano
con su huésped, que admira cortesano
—a pesar del estambre y de la seda—
el tapiz que frondoso
tejió de verdes hojas la arboleda,
y los que por las calles espaciosas
fabrican arcos, rosas:
oblicuos nuevos, pénsiles jardines
de tantos como víolas jazmines (12)

Piénsese en los incontables giros, incisos y desviaciones de la lengua de Góngora y en las dificultades que el poeta tiene que salvar, no siempre felizmente, para lograr su intento, el intento del que ahora estamos ocupándonos: la adaptación de la lengua poética y de la silva a la expresión de lo cotidiano. La lucha con la expresión y con la forma métrica es inherente a esta poesía, y el párrafo citado lo demuestra. La lucha en él no queda bien resuelta y hace que su lectura nos parezca delectante y fatigosa. Otras veces el resultado es placentero y deslumbrador, pero nunca espontáneo; se encuentra ati-

(11) He aquí un ejemplo de esta adecuación y de esta imagen:

*Muda la admiración, habla callando
y, ciega, un río sigue que —luciente
de aquellos montes hijo—
con torcido discurso, aunque prolijo,
tiraniza los campos útilmente (187-201).*

(12) Versos 705-721.

rantado por el esfuerzo. Su dicción es tan estricta y rigurosa, tan complicada y diáfana que cada una de sus palabras implica un entrecruzamiento de tensiones poéticas; cada una de sus palabras representa la solución de una dificultad. Nunca se acumularon tantas dificultades en el estilo de un poeta, y no todas se podían resolver con fortuna. Pero además *Las Soledades* son un poema extraño, singularísimo, irrepetible, un poema de situación única, un poema itinerante, cuya fábula poética es sólo el caminar de un desconocido que parece extranjero en el mundo, como el protagonista de Camus:

Pasos de un peregrino son errante
cuantos me dictó versos dulce musa
en soledad confusa
unos perdidos, otros inspirados (13).

Estos pasos confusos, vagabundos y, sin embargo, muy precisos son el único argumento del poema: pedían, pues, un metro itinerante y de pie libre que les diera su forma propia. Téngase en cuenta que todas las formas métricas regulares tienen cierta parálisis de andadura. Su división estrófica las hace un poco rígidas, y es cierto que condensan la expresión, mas también la comprimen y en cierto modo la extenuan. Para que Góngora pudiera escribir *Las Soledades* según las había concebido—un poema libre e ilimitado como la misma Naturaleza—necesitaba una forma poética también ilimitada. Una forma sin márgenes. Y la encontró en la silva. Tenía este metro la virtud adecuada a su fin. Por ello la eligió. La silva es una forma métrica de pie errante, que va haciendo su camino al andar, y al andar configura su forma (14). Su ritmo elocutivo no le está impuesto desde fuera; depende de su propio huelgo y es sólo un paso de andadura.

Pasemos, finalmente, al tercer adjetivo. Por su carácter prolijo, la silva es una composición apta y capaz para decirlo todo. En las manos de Góngora le va a servir para encerrar un continente en una metáfora:

dosel al día y tálamo a la noche,
cuando halló de fugitiva plata
la bisagra, aunque estrecha, abrazadora
de un Océano y otro (15).

(13) Versos 1-4.

(14) Recuérdense los versos de Antonio Machado:

*Caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.*

(15) Versos 471-474.

para describir un paisaje, descomponiéndolo en sus aspectos más sugerentes y característicos:

Cóncayo fresno —a quien gracioso indulto
de su caduco natural permite
que a la encina vivaz robusto imite,
y hueco exceda al alcornoque inculto—
verde era pompa de un vallete oculto,
cuando frondoso alcázar no, de aquella,
que sin corona vuela y sin espada,
susurrante amazona, Dido alada,
de ejército más casto, de más bella
república ceñida, en vez de muros,
de cortezas; en esta, pues, Cartago
reina la abeja, oro brillando vago
o el jugo beba de los aires puros,
o el sudor de los cielos, cuando liba
de las mudas estrellas la saliva;
burgo eran suyo el tronco informe, el breve
corcho, y moradas pobres sus vacíos,
del que más solicita los desvíos
de la isla, plebeyo enjambre leve (16).

o bien para representar ante nosotros una acción en sus más mínimos detalles:

Desnudo el joven, cuanto ya el vestido
Océano ha bebido,
restituir le hace a las arenas,
y al sol lo extiende luego,
que lamiéndolo apenas
su dulce lengua de templado fuego
lento lo embiste, y con suave estilo
la menor onda chupa al menor hilo (17).

Son asombrosas la minuciosidad y la eficacia descriptivas de estos versos, que, cada uno a su andar, pues los ejemplos son de valor poético muy distinto, desenredan o desentrañan lenta y eficazmente los detalles más nimios de la acción. Nada queda velado en la pluma de Góngora por prosaico y humilde que sea. En ella todo tiene el mismo rango. Su precisión descriptiva es como una corriente de agua que va cubriendo por igual las asperezas, los relieves y los bajíos hasta enrasarlos en un mismo nivel. No hay precisión como la suya. Diríase que su estilo no subraya nada; simplemente es un ojo que ve. No lo olvidemos. Tenía que ser así. La precisión descriptiva va a ser

(16) Versos 283-301 de la segunda Soledad.

(17) Versos 34-41.